

Vivir Esperanzados



«Sabemos, además, que a los que aman a Dios, todas las cosas los ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados.»

(Romanos 8.28)

Georg Bachler, quien más tarde fuera un practicante del alpinismo extremo, creció en Altenmarkt, en las tierras de Salzburgo. Ya cuando él era un joven monaguillo, el párroco de su iglesia lo llevaba consigo a sus largas incursiones alpinas,. Años más tarde se encuentra en el Himalaya. Bachler cuenta: “Sucedió en Makalu, en el Himalaya. Al estar a 50 metros de mi primera cima de 8.000 m me rindo y regreso. A duras penas logro llegar hasta el Biwak. Allí me atrapó una especie de vértigo desvarío. Comencé a hacer una serie de locuras, como desarmar la carpa, cortar las correas y empacar todo el equipo en la mochila. Comienzo a descender, sin percatarme que había perdido la orientación. Recién al llegar a la altura de 150 m volví lentamente a mí, desperté del trance y reconocí la situación perdida.

Por primera vez sentí la sensación de la muerte. Ahora pues morirás. Y en ese mismo instante – no lo puedo explicar – me invadió, una fuerza y una motivación inexplicables que dice: ¡Pero así no! ¡Así no morirás! ¡No sin resistencia! Yo hice todo lo posible por salir de esta situación.” Yo me juré a mí mismo que haría todo lo posible para sobrevivir. Y lo hice. Escalé nuevamente el penoso camino hasta el lugar Biwak, donde debía encontrar la plataforma para armar mi carpa. De algún modo tuve éxito. A eso de las 21 horas me acurruque en mi carpa protectora. Durante la noche me levanté reiteradas veces para prender la hornalla a gas. Calentaba los pies y las manos al fuego. Sobrevino la noche y tuve suerte. Al día siguiente, el tiempo era lindo. Yo pude descender.

Más adelante agregaba: “De haber evaluado sobriamente mi situación en aquel entonces y de haberme atendido conforme a la circunstancia – yo creo, que me hubiese dejado ir. Yo simplemente actué así, como la circunstancia allí fuese lo más natural y lo más por supuesto y en consecuencia yo actué de tal modo como si no dudara en absoluto del epílogo positivo. Cuanto más tiempo me mantenía es esta convicción, tanta más energía tenía. Una pequeña experiencia positiva detrás de la otra. La seguridad crecía. Lo logré.”

¡Nunca rendirse!

Lo que a Georg Bachler, en aquel entonces, le salvó la vida, era su fortaleza mental, que le protegía del reto personal. ¿Cómo es que personas pueden desarrollar una fortaleza mental tal? En una oportunidad he visitado a un señor en su oficina. Por la

Vivir Esperanzados



puerta colgaba un afiche: Una rana que ya estaba siendo engullida por una cigüeña, se aferraba fuertemente con sus patas delanteras al cuello de la misma, de tal manera que el ave no podía seguir tragándola. Debajo de la grafía en grandes letras, sólo dos palabras, entre signos de admiración: ¡Nunca rendirse! Este afiche era para el señor un aliciente diario, para enfrentar las dificultades diarias. No le había sido fácil levantar esa pequeña empresa. Pero de esta manera – algunas situaciones que parecían imposibles – se pudieron encaminar.

En varias consejerías matrimoniales resultaba ser mi principal trabajo el de darles el ánimo para reflotar su barquito matrimonial que se encontraba varado en un banco de arena.

- Naturalmente tenían que aprender a expresar sus críticas constructivamente.
- Naturalmente tenían que aprender a ponerse en el lugar del otro.
- Naturalmente tenía que hincharse el corazón, para que “lo otro” no sea interpretado como “lo malo”.

Pero paralelamente a todas estas mejoras, en el campo de las capacidades comunicacionales de ambos en la pareja, lo más importante era el ánimo, que yo pudiera darles y el que pudieran desarrollar ellos mismos, en el momento de descubrir que al sacramento del matrimonio también corresponde la promesa, que Dios será activo, para aportar al logro del matrimonio.

Para mí personalmente y para mis clientes se ha cristalizado, en esta lucha por el futuro, que en el versículo de Romanos hay tremenda fuerza:

“Sabemos, además, que a los que aman a Dios, todas las cosas los ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados.”(Romanos 8:28)

Buen pensamiento básico: Dios guía toda a lo bueno.

Pablo, escribe en Romanos, como viejo y experimentado hombre – no como un joven entusiasta e impulsivo inexperto. Hasta ese momento él ya ha vivido muchas experiencias difíciles en su vida. Y en ese momento escribe: *“Nosotros sabemos...”* Él no escribe: *“Sería bueno, si...”* o *“Yo anhelo que fuera verdad, que...”* El escribe desde la seguridad de sus propias experiencias: *“Nosotros sabemos...”* y continua en el texto con la palabrita *“todo”*. También aquí no hay limitaciones, como por ejemplo: *“la mayoría”* o *“a menudo”* – no, aquí se enfatiza: *“todo”*.

¡Cuánta fuerza en la esperanza ha desarrollado Pablo durante su vida!

¡Cuánta fuerza en la esperanza ya ha despertado este versículo!

¿Cuánta fuerza en la esperanza podemos generarnos, si nos dejamos atrapar por esta experiencia de fe de San Pablo?

La iglesia pone a la *esperanza* entre las virtudes. Pero diferencia entre las virtudes fundidas en la divinidad, a las cuales pertenecen la fe, la esperanza y el amor, y las virtudes adquiridas, como por ejemplo las cuatro virtudes cardinales: prudencia, valentía, justicia y mensura. La virtud es una perenne inclinación a hacer lo bueno. Posibilita al ser humano, no solamente a hacer buenas acciones, sino a dar de sí lo mejor. Las virtudes son frutas y al mismo tiempo semillas morales de las buenas acciones. Así podemos leerlo en el catecismo – N° 1803 en adelante.

Vivir Esperanzados



Veamos más detenidamente esta interacción entre el fruto y el germen: El alpinista Georg Bachler, del cual al principio hablábamos, se ha resistido varias veces a la tentación de rendirse y saliendo así hacia adelante. Por ende ha adquirido una buena medida de tenacidad. En esta situación tan crítica sobre Makalu en el Himalaya se ha presentado, no sólo desde la voluntad, sino desde lo más profundo del alma la resistencia contra la rendición y ayudado así a sobrevivir. Esta resistencia es, en ese momento, el germen de la sobrevivencia.

Arriesgar la facilidad

En el catecismo leemos: Las virtudes ofrecen a las personas facilidad, seguridad y alegría en la conducta de una vida en buena moral. La persona virtuosa realiza voluntariamente lo bueno.

Tanto si se tratara de supervivencia;

Tanto si se tratara de confirmar positivamente la vida;

Tanto si se tratara de hacer lo bueno

- Siempre será parte del entrenamiento y de las precondiciones, el que en el momento decisivo tengamos la condición espiritual y la voluntad necesarias.

Y pensar que hay personas a quienes se les ha colocado un optimismo brillante ya en la misma cuna. Y hay personas imprudentes, que pasan por alto toda advertencia y ante los peligros reales introducen sus cabezas en la tierra. Hay personas superficiales, que ante las tragedias y los dramas de la vida humana sencillamente hacen la vista gorda y huyen de todo tipo de distracción hacia el respecto. Esta medición no es para este tipo de personas. Yo quisiera llegar hoy a aquellas personas, que sufren bajo el peso de sus vidas, que están plagadas de dudas y de falta de confianza en sí mismos, a aquellas que como consecuencia de una desilusión están seriamente ante el peligro de perder la confianza en sí y en los demás.

Justamente para estas personas el versículo de Romanos *“Sabemos, además, que a los que aman a Dios, todas las cosas los ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados.”* (Romanos 8.28), puede llegar a ser la clave.

En momentos difíciles fomentar la esperanza.

Yo mismo, en 1975 había interrumpido mi estudio de teología, porque ya no podía creer. Incluso comencé a desconfiar en que podría ejercer alguna profesión, que tuviera que tener que ver con personas. Cinco años más tarde me ordenaba sacerdote. En retrospectiva estoy agradecido por haber tenido estos años pesados, porque hoy me ayudan a ponerme mejor en el lugar de las personas, a quienes les va mal. Algo así no se puede estudiar ni aprender. Al mismo tiempo tengo el intrínseco deseo de no tener que repetir la experiencia. Hoy puedo interpretar ese tiempo como ayuda a mi tiempo de formación para mejor y fructífero consejero espiritual. Es decir, no hay mal que por bien no venga. Así pude vivenciar en mi propia vida que Pablo tenía razón. Naturalmente existen para mí también situaciones que no he digerido, donde no he podido reconocer todavía la intensidad curativa de Dios. Entonces estoy masticando el problema incesantemente y me irrita la incomprensión de Dios. Pero a veces también logro confiar ciegamente, que detrás de esta mala suerte, detrás de esta desgracia, detrás del sufrimiento de una víctima inocente se esconde un solapado y divino deseo de sanación, el cual lamentablemente no lo he detectado hasta el momento. El solo hecho de esta

Vivir Esperanzados



aceptación ya afecta mi alma y mi espíritu. Una esposa, cuyo marido es alcohólico, opinaba en su momento: “Uno puede sacarse del fango estirándose de los cabellos, tal como lo hiciera el Barón de Münchhausen.” Ella decía con esto: “Si no me lo permito, quedar colgado de los pensamientos destructivos y despectivos, sino que llevo mi atención a las pequeñas alegrías que también existen en el día a día, entonces ya me siento mucho mejor. Si yo mantengo conscientemente la esperanza que mi esposo se mantenga sobrio, luego de una cura, entonces no conjuro ninguna recaída posible.

La promesa que se cumple de por sí (self-fulfilling prophecy)

Hay sicólogos que han demostrado, que en el alma hay unos mecanismos nombrados por ellos: “*promesas cumplidas por uno mismo*”. Eso significa: que si yo, atrapado por el miedo, dirijo mi atención una y otra vez a la catástrofe posible, entonces sucede efectivamente. Pero, si por el contrario, proyecto mi futuro con imágenes positivas, entonces las posibilidades que realmente sean positivas, son mayores.

El padre Kentenich, el fundador del Movimiento Schönstatt estuvo preso en el campo de concentración Dachau. En este trajinar diario al filo de la muerte creó oraciones en versos, las cuales pueden ayudarnos a sobreponernos en situaciones difíciles, con el hecho de dejar que la esperanza florezca. El mismo tenía que considerar la posibilidad que los nazis no sólo lo mataran, sino que destruyeran todo el movimiento de Schönstatt. En esta necesidad, él ve un paralelismo con el sacrificio de Abraham. Abraham está dispuesto a sacrificar para un Dios incomprensible su hijo prometido. De la misma manera Kentenich quería devolver a Dios su creación, a la cual llamaba “hijo”. Escuchemos el texto original.

Toma al niño, al cual has regalado la vida,
al cual he podido darle toda la fuerza del amor
yo lo coloco devuelta, alegre, en tus manos,
su destino, su porvenir.
Si tu prefieres dejármelo a mí y al mundo, lleno de bondad,
y puedo seguir abrazándolo, lleno de amor,
mi rogar, mi confianza infantil y heroína,
entonces odiaré todo hacer deficiente, toda pereza.
Quiero jamás abstenerme vergonzosamente, día ni noche
a pedir, a rogar lleno de confianza:
permite que tu hijo vea pronto hechos milagrosos.

Encontramos en este texto una doble línea: por un lado la predisposición a decir Sí a algo terrible y por el otro empero tener la esperanza de un milagro. En el acompañamiento de enfermos de cáncer observo yo que al llegar ellos a este punto de confrontamiento con su enfermedad, se instala entonces de pronto una paz interna muy grande.

Todavía antes de ser encerrado en el campo de concentración, el padre Kentenich dejó contrabandear desde la cárcel una oración de gratitud, sobre su liberación, como ya predispuesta y realizada, y pidió a las hermanas que la rezaran diariamente. Esto nos recuerda a Pablo, que exhortaba a los Filipenses: “*Por nada estén afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda*

Vivir Esperanzados



oración y ruego, con acción de gracias.”(Filipenses 4,6) En otra versión incluso reza: “con gratitud, como si ya hubierais sido escuchados...”

Felicidad: el haber del esfuerzo.

En la canción de gratitud del padre Kentenich mencionada más arriba hay una estrofa en la cual dice: *“Lo que era mundano en el pensamiento, tan humano en el regalar, quiera Dios guiarlo hacia arriba y sumergirlo totalmente en sí.”* ¿Qué decía él con esto? En nuestro imaginar de felicidad tendemos siempre a imaginarnos un mundo de maravillas. Pero no vemos en ese momento, que nuestros momentos de felicidad más profundos están justamente en los hechos de recompensas por lidiar esforzadamente la tarea. Esta problemática mantiene el padre Kentenich, cuando hablaba del ideal del nuevo hombre:

“El ideal así definido es eternamente viejo y eternamente nuevo. Eternamente viejo, porque todos los siglos han luchado por ello; eternamente nuevo porque la naturaleza cargada del legado, siempre resta y descansa en la sociedad burguesa y que se quiere dar por satisfecha con mediocridades.”

Si en retrospectiva miramos sobre nuestros momentos felices, entonces nos damos cuenta que el premio, muchas veces, ha sido bien alto. Una felicidad barata, la cual es rápida y fácil en tenerla, se disipa también al momento. Si estamos en una situación, la cual sólo nos hace sentir dolor, y alcanzar su premio nos parece insoportable, entonces realmente ayuda el orientarse en la felicidad del momento de la concreción. Entonces logramos un nuevo Sí al premio. Entonces podemos conjeturar que esta situación nos hará un poco más valientes, pacientes, misericordiosos, compasivos, presionables. Y esto es entonces algo bueno.

Cuando el padre Kentenich, el 20 de mayo de 1945, llega, luego de un aventurado viaje a través de la Alemania ocupada, por fin a Schönstatt, la alegría era indescriptible. La realidad había superado ampliamente los anhelos, los sueños de 1942. Pero la alegría no perduraría mucho. A pesar que su espiritualidad había salvado la prueba de fuego y el infierno de Dachau y con ello comprobaba su practicidad en situaciones extremas, en ciertos responsables en la iglesia ella era incómoda. Demasiada sicología, demasiado cuidado en el relacionamiento totalmente natural, demasiado culto a María – la desconfianza envenenó el clima, lo que llevó a su deposición y al exilio a Milwaukee en USA.

14 años tuvo que esperar él hasta su rehabilitación. Doblemente difícil era para él este tiempo, porque esta cruz no le fue impuesta por enemigos de la iglesia – tal como en los tiempos del Nacional Socialismo – sino por las mismas autoridades eclesiásticas. Todos sus esfuerzos por aclarar o justificarse caían en saco roto, es más, sólo le significaban más reproches, que él era caprichoso que era terco. Recién con la apertura, luego del 2do Concilio Vaticano, descubrieron los responsables los trabajos pioneros de este ignorado profeta. El papa Pablo VI lo rehabilitó en una audiencia privada el 22.12. 1965. ¿Qué de bueno vio el padre Kentenich en esas etapas tan pesadas de su vida?

Por un lado indico que dada su ausencia, las congregaciones marianas y sus respectivas direcciones debieron autosatisfacerse. No podían preguntarle al fundador sobre cómo él decidiría en esta u otra situación. Por el otro lado, le fue posible, en lo retirado de su estadía en Milwaukee, reflexionar más profundamente

Vivir Esperanzados



sobre sus experiencias y fijarlas por escrito. De haberse quedado en Schönstatt, lo cotidiano lo hubiese devorado. Eso puede reconstruirse desde los tres últimos años, que le fue posible vivir en Schönstatt.

Nuestra forma de ver la realidad es más significativa que la realidad misma.

Es decir, que la realidad en sí no tiene la relevancia que tiene la interpretación de la misma. Que algo sea insoportable o no, es muchas veces una pregunta de la forma de verlo intrínsecamente. Hay padres que simplemente lo soportan, cuando su bebé llora de noche. Ellos encuentran palabras tranquilizantes, lo toman en brazos, se pasean por la pieza, hasta que se haya dormido nuevamente. Otros – gracias a Dios, muy pocos – maltratan a sus hijos y se defienden luego ante un juicio con el argumento de no lo han podido soportar.

Todos los jóvenes sufren, si son abandonados por sus novias o sus novios. La mayoría trabaja esta herida espiritual muy bien, porque se dicen: “Esto pertenece a la aventura del amor como un riesgo inherente. Pero yo encontraré a alguien que congenie conmigo. Otros se sienten tan sacudidos que juegan con los sentimientos del suicidio y en casos extremos incluso lo intentan.

No importa lo que sea: podemos esforzarnos pues en la escuela de San Pablo, de sacarle a la realidad sus buenos lados. Entonces podemos recurrir, en caso de situaciones difíciles, a nuestras habilidades, a pesar de la oscuridad en la que está la intensión divina de sanación. El padre Kentenich desarrollo en Dachau la imagen de las manos bondadosas de Dios, que se encuentran en guantes de hierro. Los guantes de hierro son las realidades inmediatas que nos duelen. La mano buena del papá es la aceptación positiva, en la que simplemente confío. Cuánto tiempo dura esta lucha interna, cuantos contragolpes hay, es ya secundario. Estamos seguros que estamos en el buen camino de hacer lo mejor de nuestras vidas – no por nuestras propias fuerzas, sino en el reaccionar realistamente ante un Dios, que es todopoderoso, que nos ama y que una y otra vez nos regala su gracia.

P. Elmar Busse